



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo IV. Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.



Volvió Sancho á casa de don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento dijo : á lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber quien ó como ó cuando se me hurtó el jumento, respondiéndome que la noche misma que huyendo de la santa Hermandad nos entramos en Sierra-morena, después de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre

una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma : especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fue tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese. Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucedió á Sacripante, cuando estando en el cerco de Albraca con

esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo (1).

Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido cuando faltando las estacas di conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento, y no le vi: acudieronme lágrimas á los ojos, é hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuantos dias, viniendo con la señora princesa Micomicona conocí mi asno, y que venia sobre él en hábito de gitano aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena. No está en esto el yerro, replicó Sanson, sino en que antes de haber parecido el jumento dice el autor, que iba á caballo Sancho en el mismo rucio. A eso, dijo Sancho, no sé que responder, sino que el historiador se engañó, ó ya seria descuido del impresor. Así es sin duda, dijo Sanson; pero ¿qué se hicieron los cien escudos? Deshicieronse, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor don Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay mas que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en persona; y nadie tiene para que meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedis cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces.

Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar (2) al autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiler? preguntó don Quijote. Si debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y por ventura, dijo don Quijote, promete el autor segunda parte? Si promete, respondió Sanson; pero dice que no ha hallado ni sabe quien la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas, y otros, de las cosas de don Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: vengan mas qui-jotadas, embista don Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á qué se atiende el autor? dijo don Quijote. ¿A qué? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho: ¿al dinero y al interes mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar (3), harbar como sastre en visperas de pascuas; y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos

(1) Fue en efecto el moro y feo Brunelo ladrón tan sutil (como dice el conde Mateo Boyardo en su *Orlando enamorado*, lib. II, cant. v; y el Ariosto en su *Orlando furioso*, cant. xxvii), que á Angélica le quitó el anillo del dedo sin sentirlo: á Marfisa la espada de la mano; á Orlando el cuerno de marfil; y el caballo á Sacripante, rey de Circasia, en el sitio de Albraca, que era una peña ó roca donde reinaba Angélica la Bella. Duérmese sobre el caballo, córtale Brunelo la cincha, pone un tronco debajo la silla que le sostenia, y saca el caballo de entre las piernas del rey. — P.

(2) Acusar, por avisar ó advertir. — Arr.

(3) Significa, dice Covarruvias en su *Tesoro*, hacer la cosa muy de prisa, como harbar la plana el muchacho cuando escribe de prisa; ir de farfulla.

el pie al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.

No habia bien acabado de decir estas razones Sancho cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante (1), los cuales relinchos tomó don Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro días otra salida; y declarando su intento al bachiller le pidió consejo por qué parte comenzaría su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde, de allí á pocos días se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de S. Jorge (2), en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dijo

á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas (3). Cuerpo del mundo, señor bachiller: si, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y mas que yo he oído decir, y creo que á mi señor mismo si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobardé y de temerario está el medio de la valentia; y si esto es así no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante (4); pero pensar que tengo de poner mano á la espada aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante: y si mi señor don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello, y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir al hombre en hoto (5) de otro, sino de Dios; y mas que tan bien y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el



(1) Desde los relinchos del caballo de Darío, que le dieron la corona de Persia, y los del caballo de Dionisio el Tirano, que le prometieron la de Siracusa, los hacedores de pronósticos han dado siempre á este agüero un sentido favorable. Era natural que don Quijote sacase el mismo presagio de los relinchos de Rocinante, los cuales sin duda significaban que se pasaba la hora de darle el pienso. — VIARDOT.

(2) El Aragon estaba bajo el patrocinio de S. Jorge, desde la batalla de Alcoraz, ganada por Pedro I á los moros en 1096. Formóse en Zaragoza una cofradia para dar justas cada tres años, en honor del Santo: y se llaman *justas del arnes*. — VIARDOT.

(3) *Badea* es una especie de melon. A los malos, dice Covarruvias, les damos este nombre. — Arr.

(4) *Bailar el agua delante*, es servir con diligencia y prontitud. — Arr.

(5) Esto es, confiado en otro. — Arr.

diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna insula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: cuando te dieren la baquilla, corre con la soguilla (1), y cuando viene el bien, mételo en tu casa.

Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una insula. Tanto es lo de mas como lo de menos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echará mi señor el reino que me diera en saco roto (2), que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar insulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos gobernador no conociédesdes á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas (3), y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dijo don Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos.

Dicho esto rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras se leyese Dulcinea del Toboso. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llamaban décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dijo don Quijote, que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros (4). Quedaron en esto y en que la partida seria de allí á ocho dias. Encargó don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolas y á su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase habiéndolo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en órden lo necesario para su jornada.

(1) Refran que avisa que se aprovechen las ocasiones por el riesgo de que pasadas no vuelvan. — D. A.

(2) No le echaria al perdido, no le perderia. — Arr.

(3) Haber tenido humilde nacimiento. — D. A.

(4) Aquí critica y ridiculiza Cervantes esta pueril especie de versos, llamados *acrósticos*, que usaban ya en tiempo de Cervantes los malos poetas, y se introdujeron con los demas vicios que corrompieron la poesia, y propagaron el mal gusto que reinó en ella en todo el siglo xvii y mitad del xviii. — Arr.

